

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

POLITICA CULTURAL DE AMERICA (y 3) ¿DONDE ESTA AMERICA?

EN los últimos tiempos se está deslizado en la mente de muchos americanos, y sobre todo en las instituciones docentes y culturales, un error que me parece peligroso: el de considerar lo que suele llamarse «Latinoamérica» o «América Latina» como una unidad aislada y suficiente.

En otros lugares he hablado largamente de las razones por las cuales esas expresiones me parecen inexactas desorientadoras, muy inferiores en rigor y veracidad a «Hispanoamérica» o «América hispánica». Pero lo decisivo, más allá de los nombres, es que los diversos países americanos de lengua española no constituyen «solos» una unidad, sino que ésta incluye a España: la unidad efectiva es el «mundo hispánico» como tal.

Especialmente desde el punto de vista de la cultura la cosa es evidente: no existe «una» literatura «hispanoamericana» o «latinoamericana», sino muy diversas literaturas correspondientes a los diversos países: mexicana, cubana, peruana, argentina, etc.; si se quiere hablar de «una» literatura, ésta es la de «lengua española» que, naturalmente, incluye la de España, desde las jarchas y el «Poema del Cid» hasta lo que se está escribiendo hoy, todo lo cual pertenece como propio a todos los hispanohablantes, sin distinción de país o continente.

Es absolutamente imposible entender y explicar a un autor hispanoamericano sin tener en cuenta el conjunto de la tradición literaria en lengua española, incluso por supuesto el presente. Es el gran suceso común de toda la literatura americana de lengua española.

Haga cada uno el experimento de evaluar la procedencia de sus lecturas, el número e importancia de los autores efectivamente leídos, la composición real de las bibliotecas privadas, y llegará fácilmente a la consecuencia de la «unidad cultural del mundo hispánico» diversificado en formas nacionales, una de las cuales es la española.

Por otra parte, hay que tener presente la «irreductibilidad» de Hispanoamérica respecto de España. En modo alguno es meramente «española», una prolongación o desarrollo trasatlántico de España. Es ciertamente hispánica, pero es americana: una original creación en que se han fundido, en muy diversas proporciones y con diferentes estilos, lo indio originario y lo español; y esta fusión ha recibido después elementos de otros orígenes, desde los africanos hasta los italianos, los judíos, los eslavos o los pueblos del norte de Europa, en una riquísima variedad unificada por la lengua española como instalación e interpretación fundamental de la realidad. Todo lo cual ha afectado y afecta a España, la cual, desde sus orígenes con la condición moderna, nunca ha sido «sólo española» ni «sólo europea», sino una unidad histórica social en dos continentes, originalísima, bien distinta de los demás países europeos.

La unidad superior de América, la que permite hablar de «América» como algo más que una designación geográfica, no procede de lo que podríamos llamar, siguiendo a Ramón Menéndez Pidal, su «infraestructura» sino de su «superestructura» histórica. Menéndez Pidal se refería a España; los diferentes pueblos primitivos que habitaron la Península Ibérica (iberos, celtas, celtíberos, en rigor los innumerables pueblos locales que hoy se interpretan agrupados en esas grandes divisiones) no tuvieron ninguna unidad política, lingüística ni cultural; la primera unidad hispánica es la de la «formación», es la España romana o Hispania.

Análogamente, antes de Colón no existió nada que pudiera llamarse «América»; ni siquiera los actuales países (o sus equivalentes) poseían unidad. Pero los tres grandes pueblos creadores de la América histórica —el español y el portugués, tan próximos, ambos «hispánicos», y también el inglés— tenían una

profunda unidad común: pertenecer a esa realidad histórica que llamamos «Occidente». Las raíces comunes del mundo occidental son Grecia, Roma y la religión judeo-cristiana; en otro lugar he definido Occidente como la convergencia e integración de tres principios: la innovación racional, el mando según derecho y la relación filial personal con un Dios creador; lo cual significa la vida como libertad.

América, originariamente ajena al mundo occidental, ha sido realizada históricamente por el Occidente, que en ella ha quedado a su vez modificado y enriquecido con matces nuevos; lo cual no es azaroso, ni ajeno a la condición de Occidente, porque éste siempre ha consistido en trascender de sí mismo, en interesarse por lo otro, no excluir en principio nada, incorporar otras formas de vida y de cultura.

La vinculación de América a Occidente es, simplemente, su propia realidad; fuera de sí no tiene ninguna, y sólo puede encontrar su falsificación y decadencia. Pero esto no implica subordinación respecto de Europa, sino coordinación o mejor aún, integración. Europa y América son los dos lóbulos inconfundibles e inseparables de una única realidad histórico-social que es el mundo occidental. Incluso físicamente existe el Occidente, ya que esos dos lóbulos están separados sólo por el océano Atlántico, que hoy es, como los griegos decían, un río: el Río Océano, algo que se cruza en seis horas y que atraviesan cada año varios millones de personas.

Una política cultural de América que no sea infiel a la realidad no puede consistir en otra cosa que en realizar la original versión americana, en una pluralidad de variantes, de la empresa histórica de Occidente.

Julían MARIAS

LA OPERACION DE VIVIR

DIFICULTAD DE LA ALEGRIA

PALABRAS como «alegría» o «tristeza» apenas aparecen en los papeles de los psicólogos de alto copete. En todo caso, no han sido admitidas, y con razón, a la categoría del léxico científico. Habría mucho que hablar, por supuesto, acerca de si la psicología tiene realmente algo de «ciencia», aparte de la buena voluntad de serlo. Pero esa buena voluntad empieza con la precaución de establecer una terminología concreta, de alcance específico, depurada de ambigüedades y de irrisaciones. Es lo propio de toda «ciencia», en principio: constituirse en lenguaje especial, eludiendo, en lo posible, «les mots de la tribu». Porque, para sus relaciones diarias, incluso para las solemnes, la sociedad no sólo no necesita hilar tan delgado, sino que, al contrario, se siente más cómoda en el uso de los vocablos hereditarios, siempre elásticos de contenido y afablemente polivalentes. Así se entiende la gente: bien o mal, así se entiende, y escribe sus poesías, reza sus oraciones, discute de política o de fútbol, declara ante el juez, confiesa sus amores, cuenta chistes, se pelea con los parientes cercanos, educa a los niños, compra y vende, canta, adula, injuria, blasfema, manda... De cabo a rabo, el diccionario rebosa de este material, y vamos tirando con sus definiciones aproximativas. ¿La «alegría», la «tristeza»?

Quizás el caso de la tristeza sea más complejo. La tristeza ha conseguido, a lo largo de los siglos, una ancha y profunda tradición de cáncidos literarios. En este terreno, da mucho más de sí que la alegría. Bien mirado, la alegría es un tema insólito en la pluma de los escritores. Se pueden contar con los dedos de las manos los poemas insignes que se nutren de ella, ni, por lo demás, tiene cabida en el teatro o en la novela. Conviene no confundir la alegría con la risa. Cuando estamos alegres tendemos a reír o a sonreír, sin duda. Pero la viceversa no parece demasiado clara. La trampa del viejo Rabelais salta a la vista. Su consigna de «Vivez joyeux!» iba precedida de una declaración de juicio y de propósito.

*Mieux est de ris que de larmes écrire
Pour ce que rire est le propre de l'homme,*

y confundía rápidamente el asunto. Porque su risa, la risa rabelaisiana —en definitiva, el esquema de toda risa— respondía, a la burla, al sarcasmo, a la compulsión grotesca; no a la alegría. Las historietas de Gargantúa y de Pantagruel pertenecen al área de la sátira. Y la sátira, y el mismo humor, los mecanismos más o menos «literarios» de la risa y la sonrisa, ¿no poseen, en el fondo, una entraña «triste»?

No diré ni que no ni que sí. En todo caso, el ejemplo de Rabelais serviría para apurar el escurpulo. «Vivez joyeux», en su propuesta, sería la «grade bouffe»: comilonas hiperbólicas, tragos inacabables, y el resto. Sobre todo, empujar el codo. «Venite apotemus!», exclama en un rasgo divertido de parodia litúrgica. No importa, ahora, que el propio «maistre Alcofraybas» hiciese la invitación con ironía, si con ironía la hizo. Ni importa el hecho de que, observando los retratos —reales o presuntos— de Rabelais circulantes en sus ediciones, podamos concluir que el escritor fue un dispéptico torturado y que su hígado no toleraba un par de vasos seguidos. Esto sería y es secundario. Lo que pesa es la certificación popular del postulado. Mi modesta erudición no me autoriza a generalizar sin reservas. Pero sospecho que todos, o al menos la mayoría de los folklores que en el mundo han sido, coinciden en ligar la alegría con la ingestión de licores alcohólicos. «Estar alegre», «alegrarse», en todas partes, o casi, supone haber tomado unas copitas de más. «El vino y la música alegran el corazón del hombre», se lee en cierto pasaje de los Libros Sagrados. No sé si recordará sin solecismos el texto de la Vulgata: «Vinum et musica laetificant cor hominis». O algo por el estilo. De lo cual —de todo lo cual— se deduce que, en definitiva, para estar «alegre», a veces, hay que acudir a ayudas externas...

Cosa que no ocurre con la tristeza, ¡ay! La tristeza viene dada por la sencilla operación de vivir. Nunca faltan los motivos, o las causas, de estar triste. Un amor contrariado, un negocio que hace aguas, la defunción de un allegado, cualquier episodio de patetismo agobiante, produce tristeza. Bueno: aquí tropezamos con un nudo semántico bastante grave. En las circunstancias aludidas y en tantísimas más que cabría invocar, no todo es «tristeza» lo que resulta. A menudo, los protagonistas de la peripecia preferirían llamarlo de otra manera: enojo, melancolía, desánimo, celos, rabia, amargura... ¿Cómo precisar el matiz? Ni valdría la pena, para las conveniencias de la presente digresión. Se trata de subrayar un dato: la «no-alegría», mejor aún, la «anti-alegría», no precisa de estímulos deliberados. Viene producida por los automatismos insolubles de la vida. Los ingenieros de «utopías» no acostumbran a pensar en estas anécdotas, si no es en el extremo abrupto de la enfermedad o del hambre. No «contemplan» —pongo por caso— el insidioso drama del chico que se empuera en conseguir la ternura de una determinada chica y ésta le da calabazas porque quiere a otro. Ni el drama de la chica que etcétera, et-

cétera. En otras épocas, estos planteamientos acababan mal: Werter, «Las cerezas del cementerio», mil novelones auténticos o fingidos, con el suicidio en la última página. O con un libro de versos lacrimógenos, normalmente malos, como consuelo o exutorio. Puede que, un día, si nuestros nietos se espabilan, pierda vigencia aquello de «siempre habrá pobres entre vosotros». Pero no todo es una cuestión de indigencia.

El paso de la tristeza a la alegría a través de los diversos aguardientes del mercado, data de antiguo. Quizás en los venerables palinsestos de la poesía latina no se vea tan claro como en las letras de los tangos clásicos. No olvidemos esto: la borrachera tiene su tipificación trágica en el individuo que quiere «ahogar sus penas» en líquidos etílicos. La experiencia demuestra que el alcohol no «ahoga» nada: ni penas ni... El vino alegra el corazón del hombre —salvadas las excepciones que se deben salvar— cuando la metáfora viscera del fulano propende a la alegría. Si el sinsabor ha sido hondo, la pitima se resolverá en lantina. Sea como fuere, el intento es indiscutible. Nadie quiere estar «triste». O sólo algún que otro masoquista, que de todo ha de haber en la vida del Señor. Actualmente, las farmacias disponen de grageas e inyecciones para mitigar los desastres «ánimicos». Suelen ser más eficaces y menos nocivos que el alcohol: más baratos, a la larga, incluso. La influencia de la química sobre el comportamiento humano no es un secreto para nadie. Lo curioso es que los mandamases del «establishment» se fijen sólo en las drogas de contrabando. Cada pillora que uno toma es: una dosis de «droga», y lo de menos es la receta y el consejo del facultativo. Todo es droga: el café y el té, el whisky, el analgésico, el tintorro, el agua mineral, el tabaco, los afrodisiacos disimulados o patentes, las tapas del aperitivo... El concepto de «droga» está por delimitar. Sin que, de momento, nos metamos en honduras: las drogas no químicas, pero peores, abarcan desde el televisor al libro, desde las vacaciones pagadas a la nevera eléctrica, desde la pornografía a la victoria del equipo local.

Son formas de abolir la tristeza, en última instancia. De atenuarla, como mínimo. El paso a la alegría es una prolongación. Los fármacos que sirven para redimir los «estados depresivos» del vecindario, sirven también —y si no ellos, otros— para provocar una euforia artificial: una alegría donde no la había. Es el equivalente del trasiego alcohólico, marginando la sed y el paladar (realidades nada deseñables, claro está). Contra la tristeza y a favor de la alegría, el alma-

cén de los boticarios ofrece notables satisfacciones. ¿Qué hacer, entonces, con las nociones mismas de «tristeza» y «alegría»? Una pastilla estimulante nos redime del aplastamiento. A partir de ahí, todo es posible. En un resumen final, y bien sopesadas la sargucias interferidas, la conclusión es que la alegría «espontánea» viene a ser una eventualidad inimaginable. ¿Qué es, para usted y para mí, una verdadera «alegría»? El empleo de la palabra y sus derivados no puede ser más rutinario, en la práctica: «Me alegro de verte bueno», «¡Qué alegría, hombre!», y etiquetas similares. Los sinónimos no alteran la evidencia. «Estoy muy contento de saber que...». La «alegría», el «contento», el «gozo», ¿en qué consisten? Y, sobre todo, ¿cuánto duran? «Tenemos la alegría de comunicarle que la cigüeña nos ha obsequiado con una criatura llamada...». ¿Qué «extrañas vicisitudes» nos tendrá esa jovial manifestación, rebasadas las lindes de puerperio?... Las alegrías no-artificiales son de una fugacidad espantosa. Las emanadas de la Medicina, también.

Y la verdad es que, cuando uno empieza a ser viejo y ve las cosas con calma, la «tristeza» y la «alegría» se le presentan como tentativas o realidades de reprimido. Conviene hablar de la tristeza todos estaríamos de acuerdo: el dolor —digámoslo de una vez: la tristeza es correlativa a una cualquiera fórmula de dolor, físico o moral— es una broma de mal gusto que nos gasta la Madre Naturaleza y que amplían los tinglados sociales. Conviene paliarla, en la medida de nuestros recursos. ¿La alegría? Me pregunto si es útil provocarla. El «estado normal del hombre» no es la alegría. No podría serlo. Una sucesión ferviente de instantes preciosos es increíble. Surgirá en su trayectoria un intempestivo dolor de muelas, la miseria del jornal, un accidente de carretera, las suaves decrepitudes de la lujuria, la arteriosclerosis o el cáncer, un hijo discolito: las familias lo saben. Esa inimaginable continuidad de alegrías sería la «felicidad»... Lo mejor sería tal vez, aprovecharse del «término medio». El «término medio» no disfruta de elogios ni de prosopopeyas. Está mal visto. La «realidad» en general siempre está mal vista. Y «vivir» es un verbo turbio: no lo ignora. Las opciones de «vivir» son un puro aquellarre. Pero, en la medida en que se supera la miseria —y ya es decir mucho— ¿no será preferible descartar la «alegría»? Sabiendo que se la descarta, y por qué, naturalmente. Sin «alegría», la lectura de Rabelais se convierte en un ejercicio siniestro...

Joan FUSTER

aprenda trabajando CONTABILIDAD

Nuestro curso comprende: **CONTABILIDAD GENERAL** (por el sistema clásico de libros, de cañe y mecanizado)
ANÁLISIS DE BALANCES-COSTOS MECÁNICA OPERATIVA
BANCARIA TRIBUTACIÓN Y SEGURIDAD SOCIAL
Importante: Prácticas con documentación real y medios audiovisuales
INFORMACIÓN: ESTECNIC, Avda. Generalísimo Franco, 520, 3.º
de 6,30 a 9,30 noche Teléfono: 218 26 29

«HERNIADOS»

Contenga su hernia, con comodidad, seguridad e higiene (por ser lavable) con el nuevo aparato HERNIGAY. Sin hierros ni flejes ni correaes de cuero ni bultos; sin enganches ni hebillas, que se adapta a cada hernia y a cada anatomía, por fabricarse a medida y bajo molde. Para ambos sexos. Bajo creación facultativa HERNIGAY (marca registrada) Patente 171982 Pelayo, 60 principal, Barcelona-1. Consulte a su médico. Autorizado por la DIRECCIÓN GENERAL DE SANIDAD. VISITAS: de 10 a 1 y de 5 a 7.

A PERPIGNAN

Kil. 1 route de THUIR

COMPTOIR CENTRAL D'ÉLECTRICITÉ

THUIR 1400 m.

SUPER MARCHÉ ESCALE

BARCELONE

ROUTE D'ESPAGNE

Tel. 34 06 66
Telex: 50062

AV. MARECHAL FOCH

SUPER MARCHÉ EPARGNE

El mayorista más importante de la región, especializado en furnitures industriales de iluminación y telecomando.

LA TELEMECANICA ELECTRICA MERLIN - GERIN y MAZDA.

Todas las grandes marcas de electrodomésticos. Técnicos a su disposición hablando español le esperan para ofrecerle la mejor acogida.